



CHARLES
SWINDOLL

DESPERTANDO

A LA

IGLESIA

un llamado urgente



Il CHARLES
SWINDOLL

DESPERTANDO
ALA
IGLESIA

un llamado urgente

CHARLES
SWINDOLL

DESPERTANDO

A LA

IGLESIA

un llamado urgente

EDITORIAL

PATINOS



Despertando a la Iglesia

© 2015 por Charles R. Swindoll, Inc.

Publicado por Editorial Patmos,

Miami, FL. 33169

Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente en inglés por FaithWords, Hachette Book Group, 237 Park Avenue, New York, NY 10017, con el título *The Church Awakening: An Urgent Call For Renewal*

© 2010 por Charles R. Swindoll, Inc.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas se toman de la Nueva Versión Internacional, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Traducción: Silvia Cudich

Edición: Marian Belmonte

Diseño de portada: Leonardo Francia

ISBN 13: 978-1-58-802743-6

Categoría: Iglesia/Pastoral

Impreso en Brasil

Printed in Brazil

Es con una inmensa gratitud por su vida y ministerio que dedico este libro al Dr. Stanley D. Toussaint, destacado profesor del cual he aprendido mucho, expositor bíblico que siempre he admirado, sabio mentor al que enormemente respeto y junto a quien sirvo ahora como anciano de Stonebriar Community Church.

*Cuando la Iglesia es completamente diferente del mundo,
invariablemente lo atrae. Es entonces cuando el mundo se
ve obligado a escuchar su mensaje, aunque pueda odiarlo
al principio.*

—D. Martyn Lloyd-Jones

Índice

Introducción	7
1 La Iglesia: Comencemos aquí	17
2 Desafíos, luchas, soluciones, prioridades.....	39
3 Los rasgos propios de una iglesia contagiosa	81
4 La adoración: Un compromiso... no una guerra.....	121
5 ¿De qué se tiene que dar cuenta la Iglesia?	155
6 ¿Cómo tendría que reaccionar la Iglesia?	185
7 La Iglesia a la deriva	215
8 Ha llegado el momento de “compensar por los años”	241
Conclusión.....	269
NOTAS	275

He aquí el gran desastre evangélico: el fracaso del mundo evangélico de encarnar la verdad como verdad. Existe una sola palabra para describir esto, acomodación: la iglesia evangélica se ha acomodado al espíritu del mundo de esta época.

—Francis Schaeffer

Introducción

En medio de nuestra distracción, todo fue cambiando. Nuestro mundo ya no es como el de nuestros abuelos... o de hecho, como el de nuestros padres. Sin darnos cuenta, las cosas han ido cambiando; o tal vez debería decir, *deteriorándose*. Sin percatarnos de ello, nos hemos ido apartando de aquello que conocíamos como un “mundo moderno” hacia un “mundo posmoderno.” Hemos pasado de una “era cristiana” a una “era poscristiana.” Por este motivo, nos encontramos en un mundo que es menos amistoso con la Iglesia y que cada vez está más desconectado de la Biblia. De modo que no debería sorprendernos que la gente de nuestra época sea más ignorante acerca de la Biblia que toda la gente de otras épocas desde la Edad Media.

En los Estados Unidos había un programa de televisión llamado *The Tonight Show* con su anfitrión Jay Leno. Mucho de lo que Leno hacía era de mal gusto y desvergonzado, pero eso era lo que mantenía su alto índice de audiencia. Una noche, Leno estaba realizando una de sus típicas entrevistas en la calle. Era cómico y trágico al mismo tiempo. Salió a la calle y comenzó a hacerles preguntas a personas desprevenidas sobre la Biblia. Las preguntas no eran difíciles ni tramposas. De hecho, la idea era que fueran fáciles. Eso es lo que hacía que todo fuera tan cómico.

Leno le preguntó a una persona: “¿Tuvieron Eva y Adán hijos?”

Una mujer, después de unos pocos segundos de pensarlo cuidadosamente, dijo: “No, no, ellos nunca tuvieron hijos.”

—Nombre los dos hermanos, Caín y _____.

Silencio. Ni idea. Probablemente estaba pensando *Caín y Huracán*, o algo semejante. No... ella no sabía la respuesta.

—Muy bien... ¿qué fue lo que le sucedió a la esposa de Lot?

Ninguna respuesta. Y luego, a uno de los transeúntes se le escapó: “¿Quién era Lot?”

Una breve pista. “Ella se convirtió en _____.”

La persona dijo: “Un ángel.”

Leno se dirigió a otra persona.

—¿Puede nombrarme a uno de los apóstoles?

Ninguna respuesta. Continuó diciendo:

—Está bien, entonces nómbrame a los cuatro Beatles.

La respuesta fue inmediata: “John, Paul, George y Ringo.” La gente aplaudía.

—¿Cuántos mandamientos hay?

Un hombre anunció con valentía: “Tres. Hay tres mandamientos.”

Otra persona dijo: “No, son veinte. Veinte mandamientos.”

Otra dijo: “No, son como los discípulos: son doce.”

—¿Puedes mencionar cuatro de ellos? —les preguntó Leno. Nadie podía mencionar cuatro.

—¿Puedes mencionar uno de ellos?

Un muchacho dijo: “Algo sobre no codiciar la esposa de tu vecino.” (Qué interesante que era ese el que recordaba.)

Jay dijo: “Quieres decir, si es bonita.”

Y él le respondió: “Sí, yo... yo creo que eso es.”

Jay dijo: “¿Es bonita la esposa de tu vecino?”

El hombre dijo: “No, no es bonita.” Yo pensé: Me pregunto si la esposa de su vecino estará viendo el programa.

—¿A quién se lo tragó una ballena?

—¿Una ballena? —preguntaron—. ¿Es esa pregunta una pregunta capciosa?

—No, permítanme darles una pista: J_____.

“Juana de Arco” fue la respuesta inmediata.

—No, Jo_____.

—Joe DiMaggio.

—No.

—Pinocho.

Jay siguió adelante.

—¿Qué dos ciudades fueron destruidas, según el libro de Génesis? Déjenme darles una pista: Sodoma _____.

Después de una breve pausa, la persona que estaba allí en la calle trató de adivinar: “¿Saddam Hussein?”

El mundo que vivimos no sólo ignora los hechos básicos de la Biblia, sino que también es escéptico, convencido de que no existe tal cosa como la *verdad absoluta*. El engaño es tan sutil que nos puede llevar a creer que lo bueno es malo, y que lo malo en realidad es bueno. Y trágicamente, la mayoría de la gente no se da cuenta de ello hasta que es demasiado tarde.

Vivimos en un mundo totalmente nuevo. Nada ha sido más adversamente afectado por el posmodernismo que la Iglesia y su relación con la Palabra de Dios: las Sagradas Escrituras. Cuando la Biblia pierde su lugar central en la adoración de la Iglesia, aunque sea reemplazada por cosas buenas, el efecto colateral es la ignorancia bíblica; y cuanto más pase el tiempo que la predicación de la Palabra es reemplazada por otra cosa como centro de la adoración cristiana, se hará más evidente el aumento del desliz hacia la ignorancia. Cuanto más domine el pensamiento posmoderno a la Iglesia, tanto más débil y menos importante se volverá la Iglesia a los ojos del mundo. Con el tiempo, una congregación distante de la Palabra de Dios busca más entretenimiento y menos verdades bíblicas.

Un astuto observador advierte: “Cuando la iglesia se convierte en un centro de entretenimiento, los conocimientos sobre la Biblia suelen ser las primeras víctimas. La gente se aleja del evento con una sonrisa, pero con un vacío en su vida.”¹ Décadas atrás, el teólogo Francis Schaeffer escribió: “He aquí el gran desastre evangélico: el fracaso del mundo evangélico de encarnar la verdad como verdad. Existe una sola palabra para describir esto, acomodación: la iglesia evangélica se ha acomodado al espíritu del mundo de esta época.”²

Lo bueno en todo esto es que puede haber un cambio. *Despertando a la Iglesia* es un llamado a la Iglesia a tomar conciencia de cuán lejos se ha deslizado. Ha llegado el momento de despertarnos y renovar nuestra pasión por lo que Jesús está haciendo. Este nuevo libro surge de mi firme convicción de que sólo podremos detener este alejamiento de la Iglesia cuando el pueblo de Dios se comprometa a seguir el esquema inspirado y establecido en el libro eterno y siempre relevante de Dios.

Principalmente escribí *Despertando a la Iglesia* para dos grupos

de personas. Primero, para los creyentes que saben que existe un camino mejor. En la Biblia existía un grupo de hombres lúcidos y tenaces llamados los “hijos de Isacar” (1 Crónicas 12:32). Eran “entendidos en los tiempos, y que sabían lo que Israel debía hacer” (v. 32). Hoy día en la Iglesia necesitamos el mismo lúcido discernimiento. Y junto con el discernimiento, necesitamos la misma tenacidad. Mi propósito es encender esa pasión dentro de aquellos que están dispuestos a pensar con seriedad.

Estoy escribiendo también para pastores, especialmente aquellos que son observadores pasivos, que necesitan una voz que les dé *permiso* de ir en contra de la corriente y colocar la predicación de la Palabra de Dios nuevamente en el lugar central del culto.

Estoy preocupado por la creciente aceptación del posmodernismo. El resultado de ello es que hemos descendido de una era cristiana a una era poscristiana. Recuerdo cuando solíamos decir eso acerca de Gran Bretaña. Ahora lo digo sobre los Estados Unidos de América, la tierra que amo, la tierra que he servido para ayudar a protegerla. Pero en los últimos treinta años hemos caído en las aguas turbias de un pantano poscristiano.

En vez de interpretar la vida con honestidad, ahora la interpretamos con nuestras emociones. En vez de que lo real sea real, la realidad virtual ha tomado las riendas. Y dado que ahora la realidad está distorsionada y se la percibe como desagradable, la generación más joven prefiere la realidad virtual. La realidad los aburre. Hemos cambiado nuestra manera de pensar basada en una enseñanza objetiva de la verdad de las Sagradas Escrituras a un pensamiento subjetivo y secular basado directamente en una percepción horizontal y humanista donde el yo siempre predomina.

¿Necesitan una buena definición de *posmodernismo*? Veamos si puedo elaborar una. Una descripción puede ser más útil que una definición. El posmodernismo prospera en el caos. Desea destruir todo criterio *moral* y reemplazarlo con *ningún* criterio. Busca un mundo donde todo es relativo, donde no hay verdad y solamente la percepción es la realidad. Dado que la verdad eterna de Dios no tiene cabida en dicho mundo, con el surgimiento del posmodernismo evidenciamos una gran disminución del conocimiento bíblico.

Es interesante la manera en que esto ha evolucionado. El posmodernismo comenzó en la atmósfera exclusiva dentro de la comunidad literaria académica. Pronto comenzó a supurar desde los intelectuales eruditos en el mundo académico a virtualmente todos aquellos que estuvieran en un puesto de liderazgo. Comenzó a tomar fuerza desde los intelectuales de la academia a los pasillos del Congreso, a los salones de las escuelas públicas, y finalmente llegó a nuestros hogares. Hoy día estamos rodeados de esta filosofía, una forma de pensar que es tanto insidiosa como sutil. Jamás se hará un gran anuncio público: “¡Estamos ahora aceptando el posmodernismo!” No se infiltra de esa manera. Se presenta “como ladrón en la noche” (1 Tesalonicenses 5:2).

La peor tragedia de todas es que la iglesia evangélica del siglo XXI se ha rendido. La somnolienta iglesia evangélica ha adoptado esta nueva forma de pensar. En este libro, espero poder explicar el cómo y el porqué. Pero permítanme añadir que no estoy escribiendo este libro con el único propósito de señalar todo lo que está mal. Esa no es mi intención. Mis escritos siempre han tenido un énfasis en la gracia, que es el énfasis de Dios en la Biblia. Tengo la intención de que cada capítulo encare soluciones, no sólo exponga problemas, y que apunte hacia la esperanza que Dios ofrece en su Palabra.

En mis casi cincuenta años en el ministerio, jamás me he sentido más apasionado, o esperanzado, por *Despertando a la Iglesia*, o sea, por ver que la Iglesia se despierte, que vea cuán lejos se ha desviado de su rumbo, que comience a caminar con Dios y que involucre a la cultura para Cristo Jesús. Es mi esperanza que Dios use este nuevo volumen de una manera poderosa para que contribuya al plan maestro que Jesús está construyendo. Él es el que prometió: “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18).

Por último, deseo agradecer a mis viejos amigos Rolf Zettersten y Joey Paul de FaithWords. Su devoción incansable y entusiasta por hacer llegar este libro a la mayor cantidad de personas posible me ha alentado enormemente. Y debo agregar mi profundo aprecio a mi competente y talentoso editor, Wayne Stiles. Sinceramente aprecio el tiempo y esfuerzo que él ha invertido. Saber que Wayne sentía la

misma pasión que yo por el mensaje de este libro fue mi incentivo. Durante más de una década, he soñado escribir estas cosas, pero necesitaba una editorial entusiasta y un editor competente. El tener ambos ha convertido mi sueño en realidad... y mi gratitud no conoce límites.

—Chuck Swindoll
Frisco, Texas

CAPÍTULO 1

La Iglesia: Comencemos aquí

*El mundo está aguardando escuchar una voz auténtica,
una voz de Dios; no un eco de lo que hacen y dicen los
demás, sino una voz auténtica.*

—A. W. Tozer

CAPÍTULO 1

La Iglesia: Comencemos aquí

Los recuerdos favoritos de mi niñez son las vacaciones de verano y las reuniones familiares en la cabaña de mi abuelo materno en el sur de Texas. La pequeña cabaña de cuatro habitaciones llamada Bide-a-wee tenía vistas a la Bahía de Carancahua, cerca de Palacios, Texas, en el borde de la Bahía de Matagorda al lado del Golfo de México. Era un pequeño sitio somnoliento donde el aire siempre olía a sal y camarones.

La cabaña estaba a poco menos de cien metros de un pequeño acantilado que se alzaba sobre las aguas turbias de la bahía. Mi abuelo había abierto un pequeño sendero que descendía serpenteando hacia un cobertizo donde guardaba una pequeña lancha a motor. Estoy seguro de que mi abuelo no tenía idea de cuánto le gustaba a su nieto rubio llamado Charles manejar el motor Johnson de diez caballos de fuerza por la Bahía de Carancahua. Nadábamos en la bahía, pescábamos camarones con redes temprano en la mañana, salíamos a pescar truchas y otros peces durante el día, y vadeábamos por las orillas durante la noche a tropezones en nuestras viejas tenis. ¡Qué maravillosos recuerdos, todos!

Recuerdo un día cuando tenía diez años. Mi abuelo me llevó afuera y me dijo: “Todos los años, este acantilado decrece un poco y se desgasta; deseo mostrártelo.” Usó una palabra que jamás había escuchado antes: *erosión*. Caminamos a una cierta distancia del borde y él midió el espacio desde ese punto hasta donde el acantilado descendía al agua. Clavó una estaca en el suelo para marcar el lugar. “Tú vas a estar aquí el verano que viene”, me dijo, “y entonces lo vamos a medir nuevamente”.

Cuando regresé el verano siguiente, dos poderosos huracanes de la costa del Golfo habían asolado la región, con varias mareas extremadamente altas y aguas turbulentas el año anterior. Corrí al acantilado y tomé la medida hacia nuestra estaca. Se habían ido ocho pulgadas. ¡Toda la tierra y el pasto habían desaparecido! *Jamás* me habría dado cuenta de ello si no hubiéramos clavado una estaca en el suelo y lo hubiéramos medido. Al año siguiente, mi abuelo me escribió y me dijo: “Este año se erosionaron doce pulgadas más.” Me encantaría regresar y ver el viejo lugar hoy. Es posible que a esta altura las aguas hayan barrido la cabaña misma.

El diccionario Webster define *erosionar* en términos simples: “Disminuir o destruir por grados... Desgastar o carcomer mediante la lenta destrucción de la sustancia... Hacer que se deteriore o desaparezca.”³ A lo largo de los años, he descubierto tres simples verdades sobre la erosión, y todas se asemejan a la descripción de Webster. En vez de ocurrir rápidamente, la erosión es *siempre lenta*. En vez de atraer atención, la erosión es *siempre silenciosa*. Y en lugar de ser obvia, la erosión es *siempre sutil*.

Los lentos, silenciosos y sutiles efectos de la erosión no son sólo una preocupación a nivel físico, sino que son una preocupación aún mayor a nivel espiritual. F. B. Meyer, un pastor británico de antaño, lo expresó de esta manera: “Ningún hombre pasa a ser de repente vulgar.” La erosión espiritual ocurre “por grados... por una destrucción lenta.” Puede ocurrir a individuos... y ciertamente puede ocurrir en una iglesia.

Recientemente, un amigo cercano visitó una iglesia local que provenía de una denominación con raíces profundas y de siglos de antigüedad en teología conservadora. Los que originaron la denominación amaban las Escrituras, proclamaban la Palabra de Dios y alineaban sus vidas con sus verdades. De hecho, sus pares se reían de ellos por tener una “mente tan estrecha.” Esos individuos nunca planearon comenzar una denominación y, sin embargo, sus vidas iniciaron un movimiento que se extendió por toda Inglaterra y finalmente cruzó el Atlántico hasta llegar a América. Sin embargo, mientras mi amigo y su esposa estaban sentados en la iglesia esa mañana junto con cientos de personas más, ambos notaron que sólo ellos dos y una persona más habían llevado una Biblia. La erosión estaba cobrando su precio. El

desvío de la denominación de sus sólidas raíces teológicas no llevó dos meses, o dos años, ni tampoco dos décadas. En cambio, fue un deslizamiento lento, silencioso y sutil. Con el tiempo, la denominación se parecerá muy poco o no recordará siquiera sus creencias originales.

C. S. Lewis, en su inteligente obra *Las cartas del Diablo a su sobrino*, escribió: “Verdaderamente, el camino más seguro al infierno es el gradual: la suave pendiente, sin obstáculos, sin curvas repentinas, sin hitos, sin letreros.”⁴

Dos palabras se destacan en el escrito de Lewis: *sin hitos*. Para que una iglesia se despierte de su largo desvío, *necesitamos* hitos. Un hito revela una de dos cosas: puede revelar cuánto hemos logrado, y dar causa de celebración, o puede exponer cuánto nos hemos desviado e instarnos a dar la vuelta. Como esa estaca que mi abuelo clavó en el suelo, un hito representa un punto donde tomamos una medida objetiva. Nos detenemos, miramos hacia atrás y recordamos cómo comenzamos el trayecto en primer lugar. Tenemos que recordar y afirmar nuevamente nuestros objetivos originales. Luego preguntar: “¿Nos pertenecen aún esas metas? ¿Estamos bien encaminados?”

Necesitamos lugares en nuestro trayecto donde nos obligamos a hacer una pausa y evaluar si estamos perdiendo o no el rumbo. ¿Por qué? Porque una iglesia *sin hitos* andará a la deriva. Y como la erosión, si no tratamos de encontrarla no nos daremos cuenta de lo que está ocurriendo.

Los hitos: Mirar una iglesia... y recordar

En el matrimonio, los aniversarios son magníficas ocasiones para reflexionar y evaluar. Son como hitos cíclicos que les dan al esposo y la esposa la oportunidad de mirar hacia atrás y observar dónde han estado, hacer una introspección para ver dónde están, y entonces mirar hacia adelante para determinar hacia dónde se dirigen; esto es examinado y evaluado a la luz de las promesas expresadas en el altar. El paso del tiempo no cambia ni borra las promesas. Los años traen aparejados desafíos e introducen luchas, pero esas promesas permanecen firmes. Son como hitos matrimoniales.

Últimamente, he estado pensando mucho sobre los hitos de la Iglesia. En octubre de 2008, la iglesia donde sirvo actualmente como pastor principal, Stonebriar Community Church, celebró su

décimo aniversario. En términos eclesiásticos, no somos una iglesia antigua. Si le decimos a alguien en Europa que nuestra iglesia tiene diez años, veremos una sonrisa. ¿Por qué? Porque la mayoría de las iglesias europeas son *tan* antiguas que están celebrando ya sus ducentésimos aniversarios. De hecho, ¡algunas datan de la Edad Media! Nuestra iglesia es joven, pero uno no se da cuenta de ello por su apariencia. En los últimos diez años hemos tenido un crecimiento extraordinario... ¡y eso es magnífico! Todos estamos agradecidos por el rápido crecimiento en el que gente de todas las edades y etapas de su vida se ha unido a nosotros. Pero algo más ha ocurrido en la última década: *erosión*. Permítanme explicarles.

A mediados de la década de 1990, el Señor me guió claramente al Seminario Teológico de Dallas para sumarme a su equipo de liderazgo. Jamás había liderado un seminario, y me resultaba difícil imaginarme como presidente. Fui simplemente como lo que yo era: un líder, un ministro y un pastor. (¡Había estado con ovejas durante tanto tiempo que ya olía como ellas!) Y así, naturalmente, planifiqué regresar a pastorear una iglesia algún día en el futuro. El presidente de la junta me preguntó: “¿Estarías dispuesto a dedicarnos enteramente los primeros dos o tres años al menos, sin dar comienzo a una iglesia?” Yo les prometí que lo haría. De hecho, ocupé ese cargo durante siete años completos. Pero durante esos años, continúe teniendo un deseo ardiente de predicar y enseñar la Palabra de Dios como pastor local. Lo que desconocía era dónde y cómo el Señor lo llevaría a cabo.

Permítanme asegurarles que, cuando Dios comenzó a abrir esa puerta, yo no escuché una voz que provenía del cielo. No vi nada escrito en el cielo, ni tampoco tuve visiones nocturnas, ni vi la cara de Jesús en un taco. Sólo sentí muy profundamente en mi interior que Dios me estaba guiando a comenzar a predicar regularmente... y a confiar en su guía. De modo que un día le dije a mi esposa, Cynthia: “Comencemos una clase bíblica; sólo un pequeño grupo de gente. Siento el deseo profundo de predicar otra vez.” Ella respondió que le parecía magnífico y que estaba conmigo.

La noticia sobre esta clase se propagó a través de nuestro ministerio radial *Insight for Living*, ¡y en nuestra primera reunión en un club de la zona, ante mi asombro, se presentaron trescientas personas! La

semana siguiente, éramos el doble de personas y tuvimos que abrir todas las puertas divisorias para ampliar el lugar de reunión.

Recuerdo preguntarle a un hombre: “¿Sabemos lo que estamos haciendo?”

Él me dijo: “No tengo la menor idea, pero usted está aquí, ¡así que adelante!” (¡Lo que él no sabía era que yo tampoco sabía!)

Después de la tercera semana, el club nos dijo que si seguíamos expandiéndonos, no podríamos seguir reuniéndonos allí. Me han dicho que nuestra iglesia fue la de más rápido crecimiento en América. En ese momento, yo no lo sabía y, si lo hubiera sabido, no lo habría creído. Esta idea estaba creciendo y avanzando más rápidamente de lo que yo esperaba. No habíamos comenzado con la idea de iniciar una iglesia, sólo una clase de Biblia. Pero Dios tenía planes diferentes. Fue una gran sorpresa, ¿no les parece? Dios tenía un plan que superaba todo lo que yo podría haber soñado jamás. ¡Vaya novedad!

Durante esa época, nuestro ministerio radial estaba aún radicado en el sur de California. Cynthia y yo íbamos y veníamos de Dallas, donde yo lideraba el seminario durante la semana, incluyendo significativos cambios y el logro de una importante campaña de recaudación de fondos. Los domingos también predicaba a nuestro creciente grupo de creyentes, que en ese momento se convirtió oficialmente en una iglesia. Durante ese tiempo, la congregación se estaba reuniendo en el colegio universitario de la comunidad y constaba de un poco más de mil personas. También continuaba mi ministerio como escritor. Menciono todo esto para ayudarlos a entender la situación. Aunque mi corazón se sentía pleno, y aunque amaba lo que estaba haciendo, yo estaba muy atareado. *Muy atareado. Demasiado atareado.* Y mientras tanto, nuestra “pequeña iglesia” seguía creciendo... y creciendo... ¡y creciendo!

Permítanme ilustrarles lo que yo sentía al acercarse el décimo aniversario de nuestra iglesia. ¡Era como una joven pareja que se había casado diez años atrás pero que tenía quince hijos! ¿Cómo era eso posible? Un año después de casarse tuvieron mellizos, y dos años más tarde, trillizos. Al año siguiente, por compasión, adoptaron cuatro niños de otros países. Eso da un total de nueve niños. Dos semanas más tarde, ella se da cuenta de que está nuevamente

embarazada, ¡de trillizos! De modo que no le permite a su esposo entrar al dormitorio y le dice que no puede regresar hasta no haberse hecho una vasectomía. Él se opera, pero la cirugía fracasa y su esposa está nuevamente embarazada de trillizos. Si hice bien el cálculo, el resultado es quince. También debería mencionar que ella los educa en casa en vez de enviarlos a la escuela, y que están aún viviendo en la misma casa en la que vivían cuando se casaron. ¡Esto describe a Stonebriar Community Church!

Permítanme ampliar este ejemplo. Como sería el caso de cualquier pareja en esa situación, no habría tiempo de satisfacer las necesidades individuales de cada niño. No podrían proporcionarles la atención o capacitación adecuadas. En el breve período de diez años, algunas cosas se desgastarían. Por supuesto, ni la madre ni el padre *desean* que la familia se erosione. Simplemente ocurre como resultado de un crecimiento rápido e inesperado, y de no tener tiempo suficiente para estar disponibles y para satisfacer las necesidades y darles una orientación clara cuando deben tomar una decisión importante.

Ciertamente, como una madre con demasiados hijos, yo era un pastor que tenía demasiada gente a mi cargo. No podía estar al tanto de los detalles de nuestra expansión, de modo que delegaba demasiadas responsabilidades en los demás. Eran buenas personas, pero descubrí que algunas de ellas no compartían mi sentir o mi visión para el ministerio. Me di cuenta de que había delegado sin orientar, capacitar o formar el pensamiento de esos líderes. Contratamos a personas que nunca deberían haber sido contratadas. Nombramos a algunos ancianos que, francamente, no estaban calificados para la tarea (según las normas bíblicas). Y cuando finalmente me di cuenta de todo eso, la erosión ya estaba en marcha. ¡Tendría que mencionar que recién acabábamos de comenzar otra agueruida campaña de edificación! Les voy a ser sincero: yo estaba en una situación muy difícil. Me sentía como el vigía a bordo del *Titanic* en el momento que divisa el enorme témpano de hielo en la distancia. Oré con fervor que pudiéramos virar el enorme barco a tiempo para salvarlo.

No fue fácil. De hecho, esos fueron los meses más difíciles de mis cinco décadas en el ministerio. *Muy* desafiante. *Muy* estresante.

Muy doloroso. Detener la erosión y volver a encaminarnos significó dirigirnos en una nueva dirección. Significó que ciertos empleados tuvieron que irse. Significó que algunos de los ancianos no pudieron quedarse. Fueron épocas difíciles que incluyeron lágrimas, sentimientos heridos, decisiones dificultosas, noches sin dormir, momentos arduos y malentendidos. Estoy agradecido de que jamás perdimos nuestra integridad financiera. Nunca nos peleamos a golpes en la trastienda. No hubo litigios ni arrebatos emocionales en público. Simplemente me percaté de cuánto nos habíamos alejado del plan que Dios tenía para nosotros, y tomé la decisión de detener la erosión donde fuera, sin que importara el precio ni la reacción de los demás. Determiné no prestarles ninguna atención a las cartas hostiles, ni a los extensos mensajes de correo electrónico, ni a las palabras ingeniosas de algunos que participaban en chismorreos. Afortunadamente, Dios fue misericordioso.

¿Por qué comparto todo esto con ustedes? Porque la erosión le puede ocurrir a cualquiera y en cualquier iglesia. Sucedió en nuestra iglesia... y puede suceder en la de ustedes. Tal vez ya sucedió. También lo comparto para garantizarles que puede ser detenida. ¡Pero no será fácil!

El décimo aniversario de nuestra iglesia fue un buen momento de evaluación y corrección del rumbo. Los acontecimientos de esos meses tan difíciles me han convencido de cuán esencial es para cada iglesia tener hitos periódicos: momentos escogidos para *mirar atrás* y ver cuál era la visión inicial de la iglesia, *mirar hacia nuestro interior* y evaluar la situación presente, y luego *mirar hacia el futuro* para determinar a dónde dicen las Escrituras que debería dirigirse la iglesia. En todo momento tiene que haber un compromiso firme de hacer lo que dice la Biblia, y no lo que la gente quiere o lo que hacen las demás iglesias.

Les puedo decir por experiencia que cuando realizamos correctamente ese proceso, el resultado será *el despertar de una iglesia*.

Mirar las Escrituras... y descubrir la Iglesia

Ingresemos en un túnel imaginario del tiempo y retrocedamos unos veinte siglos. Al hacerlo, recordemos que el lugar donde nos encontramos no son los Estados Unidos de América. Las civiliza-

ciones modernas de Europa, Australia y Canadá, así como otras culturas contemporáneas, no existen. Incluso la nación de Israel se ve completamente diferente. En el primer siglo, no existían tradiciones cristianas y ciertamente no encontramos denominaciones ni iglesias. Donde nos imaginemos estar, nadie siquiera ha escuchado la palabra *iglesia*. Y la cultura judía de la época existe en el contexto de un gobierno romano pagano que domina la tierra de Israel. Encima de todo eso, los líderes religiosos oficiales de la época son arrogantes, autocomplacientes y corruptos. En un ambiente como ese comenzó “la Iglesia.”

Cada vez que deseemos comprender un tema o término, tal como *iglesia*, tendríamos que comenzar por el pasaje donde se encuentra la alusión principal. Ayuda preguntarnos: ¿dónde apareció por primera vez esta palabra, y en qué contexto fue usada? Sorprendentemente, la primera mención en el Nuevo Testamento de la palabra *iglesia* no provino de la pluma del apóstol Pablo. Pedro no acuñó la palabra, ni tampoco ninguno de los demás apóstoles. Fue Jesús.

Mateo nos describe la escena. Él escribe sobre la ocasión cuando Jesús llevó a sus discípulos hacia el norte, hacia la zona gentil de Cesarea de Filipo. Mientras estaban allí, el Señor les pregunta a sus hombres qué es lo que está diciendo el público sobre su identidad:

—¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?
Ellos dijeron:

—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías,
o alguno de los profetas.

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

—Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el
Hijo del Dios viviente.

(Mateo 16:13-16)

La cultura que rodeaba a Jesús lo veía únicamente como un gran hombre. Pero Pedro expresó una opinión diferente. Hablando en nombre de todos los discípulos, Pedro nunca fue tan exacto: “Tú eres *el* Cristo, *el* Mesías, *el* Ungido... *el* Hijo del Dios viviente.” ¡Pedro le dio justo en el clavo! En ese punto de la conversación,

Jesús cambió el diálogo a un monólogo y elogió a Pedro por su declaración:

—Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. (Mateo 16:17-18)

Al elogiar a Simón Pedro por su perspicacia espiritual sobre *quién era Jesús*, el Señor reveló aún más verdades sobre *lo que Él habría de hacer*. En esencia, Jesús le dijo a Pedro: “Tus palabras sobre mí son ciertas. De hecho, son una declaración fundamental, como una roca. Y sobre esta declaración sólida como una roca *edificaré mi iglesia*.” También prometió que las puertas del reino del Hades no la erosionarían ni eliminarían. La *iglesia* tendría poder de permanencia. En contra de todas las predicciones, ella prevalecería. Ni siquiera el adversario podría derrotarla. *Yo edificaré mi iglesia*. Examinemos las implicaciones de estas cuatro palabras en esta referencia primordial.

Primero: *Yo*. Jesús aclaró desde un principio que la Iglesia como Dios la tenía planeada tendría a Cristo como su arquitecto. Créanme: *Jesús* originó la Iglesia. Fue *su* idea. Él la protege. La lidera. Él solo es su cabeza.

Segundo: el tiempo futuro que usa para el verbo *edificar*. Jesús no dijo: “Yo edificué” ni tampoco “estoy edificando,” sino “edificaré.” La Iglesia tenía aún que comenzar cuando Jesús hizo esta declaración. Era una promesa para el futuro, para el futuro próximo. Pero cuando Él pronunció estas palabras, Pedro y los demás discípulos no tenían idea de lo que significaba la *iglesia*.

Tercero: el término *edificaré* sugiere no sólo un comienzo, sino también un proceso constante de edificación. Si saben leer música, piensen en una marca de crescendo sobre la declaración de Jesús. Traten de imaginar el entusiasmo y la energía en la voz del Maestro mientras les comunicaba el futuro a esos discípulos. La Iglesia comenzaría en algún momento (miraremos eso a continuación), y luego crecería y crecería... y seguiría creciendo. ¿Por qué? Porque

Cristo la edificaría. Él la ampliaría y le daría forma acorde a su voluntad.

Cuarto: la palabra *mi* afirma pertenencia y autoridad. Cristo no sólo es el fundador de la Iglesia y quien la edifica, como he mencionado, sino que es también su cabeza (véase Colosenses 1:15-18). Es esencial que siempre nos preguntemos, como yo trato de hacerlo: *¿es Cristo la cabeza de nuestra iglesia local? ¿Ocupa el primer lugar en nuestro ministerio? ¿Todo lo que hacemos coloca a Jesús en el centro, o nos hemos alejado de ese núcleo singular?* Para protegernos de la erosión, tenemos que mantener a Jesús como la cabeza de la Iglesia. Es su Iglesia. Nunca se olviden de ello.

Cuando Mateo registró la palabra de Jesús para “iglesia,” la primera vez que se mencionó ese término en la Biblia, eligió la palabra griega *ekklesia*. Es una palabra compuesta, formada por *ek*, que significa “de, proveniente de” y *kaleo*, que significa “llamar.”⁵ Se refiere a aquellos que han sido “convocados” de entre los demás. El término refleja más ajustadamente una asamblea de gente definida por un propósito determinado. La palabra estaba en uso cientos de años antes del nacimiento de Jesús, pero al agregar la palabra *mi* al término, Jesús reveló que Él edificaría su propia *ekklesia*, un pueblo definido por su fe en la verdad que Pedro acababa de revelar: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Ahora nosotros llamamos a esta singular asamblea sobre la que sirve Jesús como cabeza “la Iglesia.” ¡Cuán valioso es regresar a los orígenes de este término y realizar un serio examen de su propósito!

¿Por qué estudiar el origen de *iglesia*? Porque es allí donde vemos la intención de Dios. Si no examinamos y tenemos en cuenta al Fundador y su fundamento, nuestra comprensión y aplicación de lo que tendría que ser la iglesia se irá erosionando.

La Iglesia es un grupo convocado de gente con el singular y exclusivo propósito de glorificar a su Salvador y Señor, Jesucristo. Jesús se estaba refiriendo a la Iglesia *universal*, no a la iglesia de la esquina. No se estaba refiriendo a un edificio sobre un terreno sino a un cuerpo de individuos que totalmente aman a Cristo. Este cuerpo no posee raíces políticas ni fronteras culturales. Carece de barreras lingüísticas o raciales. No tiene vínculos políticos ni con las denominaciones. La Iglesia de Jesucristo no

es una corporación. ¡Les suplico que lo recuerden! Por lo tanto, una iglesia local no es un establecimiento empresarial con una cruz plantada encima. Más bien, la Iglesia que Jesús prometió edificar era una entidad *espiritual*, y solamente Él sería la cabeza. Entonces, ¿qué apariencia tenía la Iglesia cuando Cristo comenzó a edificarla?

Una mirada hacia la iglesia primitiva... para aprender

Viajemos por nuestro túnel del tiempo y trasladémonos a un año después. Ya no estamos al norte en Cesarea de Filipo, sino que estamos más al sur en la Ciudad Santa de Jerusalén. Los líderes religiosos de Israel y los líderes civiles de Roma habían condenado a Cristo a morir en una cruz. Pero, tal como se les había prometido a sus discípulos, ¡Jesús había resucitado al tercer día! A pesar de que sus enemigos hicieron todo lo posible para explicar la tumba vacía, allí estaba Jesús, y su presencia revitalizó a sus seguidores. Días más tarde, justo antes de ascender y regresar a los cielos, Jesús les dijo a sus seguidores que tenían que aguardar en Jerusalén al Espíritu Santo prometido (véase Hechos 1:4-5). El día de Pentecostés, vino el Espíritu Santo y transformó a ese pequeño grupo de seguidores, un grupo de unos 120 hombres y mujeres, y ellos comenzaron a hacer lo que Jesús había dicho que harían cuando el Espíritu Santo descendiera sobre ellos. Con audacia y valentía, se convirtieron en testigos en Jerusalén (véase Hechos 1:8, 15; 2:5-11). Su testimonio se propagó rápidamente. Pronto emergieron seguidores de Jesús cientos de millas fuera de Jerusalén. ¿Qué estaba sucediendo? Tal como lo había prometido en Cesarea de Filipo, ¡Jesús había comenzado a edificar su Iglesia!

El apóstol Pedro se puso de pie y pronunció un poderoso mensaje a las multitudes de Jerusalén, presentándoles a Jesús el Mesías. Me encanta que el Señor haya usado a *Pedro* para compartir el mensaje. Pedro había sido el primero en llamar a Jesús “el Cristo, el Hijo del Dios viviente;” había sido el primero a quien le habló Jesús cuando les prometió que iba a edificar su Iglesia. Y recuerden: había sido el primero en negar a Cristo apenas un par de meses atrás. ¡Qué gracia! Jesús usó el mensaje de *Pedro* para alcanzar a los primeros conversos en Jerusalén el día que comenzó la Iglesia. ¡Y qué respuesta!

Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas. (Hechos 2:41)

Notemos que cuando la gente escuchó las buenas nuevas sobre Jesús, ellos “recibieron” el mensaje de Pedro. El término original significa que reconocieron la verdad en sí misma y creyeron en ella. Es así como una persona se convierte en un cristiano. Así es como se “edifica” la Iglesia. *Oyes* que Cristo murió por tus pecados, y *crees* en Él, lo recibes por fe. Ese día, los que creyeron en el mensaje de Pedro fueron bautizados. Leemos que eran cerca de tres mil personas. ¡Extraordinario! John R. W. Stott observa: “El cuerpo de Cristo en Jerusalén se multiplicó veintiséis veces, de 120 a 3.120.”⁶ De repente, hay tres mil ovejas nuevas en el rebaño de Dios. ¡Y yo pienso que me sentí incómodo con el rápido crecimiento de nuestra iglesia! ¿Pueden imaginarse a Pedro? A veces me refiero a ese bautismo siendo la primera inmersión de ovejas en la historia de la Iglesia.

Pero a pesar de los números y todas las exigencias de un grupo extenso, había simplicidad aún. No había tradición, no había una constitución ni leyes, ni programas, ni pastor principal, ni “junta de ancianos”, ni plan de mercadeo, ni grupos disidentes, ni corrupción. Y no había erosión... no todavía. En cambio, vemos a 3.120 personas viviendo su vida con el Espíritu Santo en su interior y dirigiendo sus pasos. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué hacía la Iglesia? El libro de los Hechos nos relata lo que esos primeros creyentes hacían cuando se reunían. Miremos de cerca:

Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración. (Hechos 2:42)

En este solo versículo tenemos el denominador común más básico de una iglesia. Este es el punto de partida. Sería maravilloso que el pueblo de Dios recordara este solo versículo de las Escrituras todos los días. Cuando se reunió el primer grupo de creyentes, se dedicaron a cuatro prácticas básicas. ¿Las han notado? Estas son las cuatro prácticas básicas: *la enseñanza, la comunión, el partimiento*

del pan y la oración. Este versículo no sólo *describe* lo que hizo la iglesia primitiva; también *ordena* lo que todas las iglesias *tienen que* hacer.

Para que una iglesia sea la clase de iglesia que Jesús prometió edificar, tiene que haber *enseñanza*, que, por supuesto, incluye la predicación. Enseñar no es lo mismo que simplemente hablar, o leer una poesía o dar una charla motivadora o un devocional con pensamientos positivos. Aquí se nos dice a qué clase de enseñanza se refiere: ellos se entregaron a la enseñanza de los *apóstoles*. Hoy día, la Iglesia tiene la enseñanza de los apóstoles representada en la Palabra completa de Dios: la Biblia. Una iglesia tiene que estar dedicada continuamente a la enseñanza de las Sagradas Escrituras. El enseñar la verdad de Dios le da a la iglesia profundas raíces que le brindan alimento y estabilidad. En los capítulos que siguen, tendré mucho más que decir al respecto.

Para que una iglesia sea la clase de iglesia que Jesús prometió edificar, tiene que haber *comunión* también. Si tuviéramos enseñanza sin comunión, la iglesia sería una escuela: un lugar que simplemente reparte información. El término original para comunión es *koinonia*, lo cual se refiere a relaciones cercanas, mutuas, donde la gente comparte cosas en común y permanece involucrada con los demás. Eso no significa cenas donde cada uno aporta comida, ni cenas en la iglesia, ni conciertos de Navidad. *Koinonia* representa relaciones íntimas donde compartimos la vida con los demás: lo bueno así como lo malo. Los que están en comunión con los demás cultivan una íntima armonía con ellos. En la iglesia, la Palabra de Dios no es solamente *aprendida* mediante la enseñanza... es *vivida* a través de la comunión.

El *partimiento del pan* aparece incluido con la enseñanza y la comunión. Se refiere a la Cena del Señor, que se observaba cuando se reunía la iglesia. Dado que se menciona el bautismo justo antes de este versículo, entendemos que la iglesia primitiva se entregaba a los dos mandatos ordenados por Jesús: el bautismo y la Cena del Señor. El primero representa nuestra conversión a Cristo y el segundo, nuestra comunión eterna con Él. Un término aceptable y global sería *adoración*. Para que una iglesia sea la clase de iglesia que Jesús prometió edificar, tiene que haber adoración.

Por último, se entregaban a la *oración*. Como cuerpo de creyentes, pasaban tiempo adorando a su Señor, confesando sus pecados, intercediendo por los demás, pidiendo a Dios que proveyera y agradeciéndole sus bendiciones, tal como Jesús les había enseñado a orar. Para que una iglesia sea la clase de iglesia que Jesús prometió edificar, tiene que haber oración.

No podemos tener una iglesia si eliminamos los cuatro elementos esenciales registrados en Hechos 2:42. Podemos tener *más* que estos cuatro, pero no podemos tener *menos* y continuar siendo una iglesia. Y si tenemos más, como la mayoría de las iglesias, aquellas cosas añadidas jamás deben contradecir u oscurecer la importancia de los elementos esenciales. Cuando así lo hacen, créanme, comienza la erosión.

Increíblemente, el simple entorno de la iglesia original proporcionó el espacio para que el Espíritu Santo pudiera obrar y guiar. No me malentiendan: un entorno simple no sugiere que la gente sea perfecta. Esos nuevos creyentes estaban lejos de la perfección. Pero gracias al fortalecimiento del Espíritu Santo al obrar y controlar sus vidas, había integridad, confianza, gozo, seguridad, unidad, generosidad, perdón, compasión, armonía, estabilidad y, por supuesto, gracia (por nombrar sólo unas pocas cosas). ¡Debe de haber sido magnífico! ¿Estaba funcionando? Tan sólo observen los versículos que siguen:

No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad, alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo. Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos. (Hechos 2:46-47)

Léanlo una vez más, y esta vez observen lo vertical así como lo horizontal. Noten asimismo que, como resultado de la entrega de los creyentes a las cosas esenciales, la iglesia continuaba expandiéndose y creciendo. Para decir la verdad, el crecimiento era espectacular, incluso en una época de persecución. Veamos cómo la iglesia continuó creciendo a medida que pasaban los meses y los años:

Pero muchos de los que oyeron el mensaje creyeron, y el número de éstos llegaba a unos cinco mil. (Hechos 4:4)

Y seguía aumentando el número de los que creían y aceptaban al Señor. (Hechos 5:14)

Y la palabra de Dios se difundía: el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos de los sacerdotes obedecían a la fe. (Hechos 6:7)
Mientras tanto, la iglesia disfrutaba de paz a la vez que se consolidaba en toda Judea, Galilea y Samaria, pues vivía en el temor del Señor. E iba creciendo en número, fortalecida por el Espíritu Santo. (Hechos 9:31)

El poder del Señor estaba con ellos, y un gran número creyó y se convirtió al Señor. La noticia de estos sucesos llegó a oídos de la iglesia de Jerusalén, y mandaron a Bernabé a Antioquía. Cuando él llegó y vio las evidencias de la gracia de Dios, se alegró y animó a todos a hacerse el firme propósito de permanecer fieles al Señor, pues era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe. Un gran número de personas aceptó al Señor. (Hechos 11:21-24)

En Iconio, Pablo y Bernabé entraron, como de costumbre, en la sinagoga judía y hablaron de tal manera que creyó una multitud de judíos y de griegos. (Hechos 14:1)

Y así las iglesias se fortalecían en la fe y crecían en número día tras día. (Hechos 16:5)

Muchos de los judíos creyeron, y también un buen número de griegos, incluso mujeres distinguidas y no pocos hombres. (Hechos 17:12)

¡El crecimiento era extraordinario! A pesar de la intensa oposición y persecución, y a veces *debido a ello*, Cristo continuó edificando su Iglesia. El teólogo e historiador F. F. Bruce llama a este fenómeno “la llama que se propaga.”⁷ El crecimiento siguió en aumento, tal como lo había prometido Jesús. Y el adversario, por mucho que lo intentara, ¡no pudo detenerlo, entorpecerlo ni vencerlo!

Echemos una mirada a nuestro alrededor... percibamos algunas verdades eternas

Dejemos ese imaginario túnel del tiempo y regresemos al presente. A la luz de lo que acabamos de descubrir, permítanme sugerirles tres principios y tres imperativos que creo que todas las iglesias tendrían que examinar y aplicar.

El primer principio: *el pensamiento claro y bíblico tiene que invalidar el planeamiento secular y la mentalidad corporativa*. ¿Y el imperativo? *¡Pensemos espiritualmente!* No importa cuán bien organizadas estén ahora nuestras iglesias, tenemos que darle prioridad al pensamiento bíblico en vez del secular. Me he tomado el tiempo para escribir sobre lo que *estaba* presente en la iglesia primitiva, pero permítanme también mencionar lo que *no había* allí. No había estructuras organizativas seculares o políticas eclesiásticas. No había un gurú de autoridad o “presidente” de nada. No había tomas de poder para los fanáticos del control. No había maniobras personales, luchas internas, riñas financieras o protección del territorio. En cambio, vemos un lugar donde el énfasis espiritual predominaba sobre la manera que el mundo hace las cosas.

¿Qué aspecto tiene esto cuando lo aplicamos hoy día? Primero, nuestra enseñanza tiene que estar basada en la Biblia y tender hacia la espiritualidad. Nuestras escuelas dominicales, grupos de adultos y reuniones de instrucción de grupos pequeños *tienen que* centrarse en la enseñanza de la Biblia y las lecciones espirituales. Nuestras canciones e himnos tendrían que tener un contenido espiritual. Nuestro ministerio de consejería tiene que derivar de la revelación del Espíritu en las Escrituras. Nuestras relaciones mutuas *tienen que* tener prioridades espirituales, una íntima comunión donde la gente puede confiar en los demás. La iglesia tendría que ser el lugar donde el pensamiento espiritual invalidara todo lo demás, todas esas batallas que libramos dentro del mundo laboral. ¿Por qué? Porque Jesucristo es la cabeza de la Iglesia. Recuerden: la Iglesia es una entidad *espiritual*.

Segundo, *las decisiones estudiadas y certeras tienen que originarse en la Palabra de Dios y no en las opiniones humanas*. Una verdadera mentalidad espiritual se forma como resultado de meditar en

las Escrituras. De modo que el imperativo sería: *¡seamos bíblicos en todo!* La Palabra de Dios tiene que ser el centro de todos los servicios dominicales. Es más, todas las reuniones de los ancianos y todas las reuniones del personal tendrían que tener a las Escrituras como la base de las decisiones que se tomen. La Palabra de Dios tiene que ser la guía de la iglesia; ella da forma a nuestro pensamiento actual y planeamiento futuro al darnos principios que podemos entender, creer y aplicar.

Si nuestras iglesias se comprometieran con estas dimensiones y distinciones esenciales, tendríamos el grupo de individuos más contagioso en la comunidad. Recuerdo las palabras de uno de mis mentores, el difunto Ray Stedman: “Si la iglesia hiciera lo que se supone que haga, nadie permanecería fuera de ella.” ¿Por qué? ¿Porque sólo la curiosidad los atraería a ella! La gente vería nuestro amor y nuestro entusiasmo y pensaría: *¿Por qué hay tanta gente concurriendo masivamente a ese lugar? ¿Cómo es posible que haya semejante espíritu de armonía y gozo entre tanta gente de diversas opiniones?* Lo que no entienden es que *nuestras* opiniones no tienen importancia. Lo único que tiene importancia es la opinión de Dios.

Me encantan las palabras de A. W. Tozer: “El mundo está esperando escuchar una voz auténtica, una voz que provenga de Dios, no un eco de lo que otros hacen y dicen, sino una voz auténtica.”⁸ Como aquellos en la iglesia que siguen a Cristo como su cabeza, nuestras palabras *tienen que* provenir del Dios viviente y no ser un eco de palabras u obras humanas, ¡por cierto no de las palabras de nuestra cultura! Por sabias e inteligentes que sean las opiniones humanas, la iglesia no está guiada por el pensamiento de ningún ser humano caído. (Dicho sea de paso, ¡eso incluye al pastor!) *Cristo* es la cabeza. El estudio de las Escrituras, el pensamiento de *Dios*, es lo que moldea nuestros pensamientos. Esto significa edificar la iglesia de la manera que lo hace Dios, y esta se encuentra en su Palabra. En ningún otro sitio podemos encontrar semejante voz auténtica.

Una iglesia que funciona es una iglesia que está creciendo. Yo creo eso. Pero tengan cuidado con el orden de esa afirmación, porque una iglesia que está creciendo no es *necesariamente* una iglesia que está funcionando. Yo lo descubrí a los golpes, lo cual me lleva al último principio.

Tercero, *tiene que haber cambios sabios y esenciales para contrarrestar toda señal de erosión*. Por favor, noten que no usé la palabra *fácil*. El cambio no es fácil cuando ha habido erosión, pero es esencial. ¿El imperativo? *¡Seamos flexibles!* Estemos preparados y dispuestos a realizar algunos cambios, cambios esenciales, especialmente si tenemos la esperanza de detener el lento, silencioso y sutil avance de la erosión. Y si es necesario, estemos solos durante estos cambios. El poeta y artista E. E. Cummings escribió: “El ser nadie más que uno mismo, en un mundo que hace todo lo posible, día y noche, para que dejemos de ser nosotros mismos y pasemos a ser como los demás, significa librar la batalla más difícil que pueda librar un ser humano jamás y nunca dejar de luchar.”⁹

Tal vez se encuentre solo luchando contra la erosión en su iglesia. Si es así, le felicito. Y créame, esa postura *no* es fácil. Cuando me di cuenta de la erosión que ya había comenzado a avanzar en nuestra iglesia... cuando me di cuenta de cuánto nos habíamos alejado del plan simple y original de Dios, oré: “Dios Todopoderoso, danos nuevamente esa visión original. Dame la valentía de llevar este rebaño de regreso a las cosas esenciales. ¡Haz que ello ocurra otra vez! *Por favor...* haz que nuestra iglesia despierte.” Y Él comenzó a hacerlo. ¡Ha sido maravilloso!

Pero les repito: no ha sido fácil.

La corrección del rumbo requiere cambios. Exige devoción a los cuatro elementos esenciales de una iglesia. Repasémoslos una vez más.

Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración.
(Hechos 2:42)

Sencillamente, no es suficiente *tener* los cuatro elementos esenciales en nuestras iglesias. Tenemos que *continuamente dedicarnos* a ellos. En el idioma original, esa frase traduce un término griego que significa “continuamente hacer algo con un intenso esfuerzo, con la posible consecuencia de [hacerlo] a pesar de las dificultades.”¹⁰ ¿Habrá dificultades? ¡Sin duda alguna! Abran su Nuevo Testamento y vuelvan a leer acerca de la iglesia primitiva. ¡Miren las iglesias a su

alrededor! Nada detiene al adversario en su esfuerzo por derrotar la obra de Cristo. Pueden estar seguros de ello. En el siguiente capítulo, lo observaremos más de cerca.



A menudo recuerdo el día que mi abuelo clavó la estaca en el suelo para medir la erosión cerca a su pequeña cabaña junto a la bahía. De la misma manera, todos los que amamos (y especialmente, todos los que *lideramos*) la iglesia tenemos que regularmente evaluar dónde nos encontramos en relación con la norma eterna e inamovible de la Palabra de Dios. Periódicamente, tenemos que hacer una pausa y honestamente preguntarnos si hay o no un desvío del rumbo. Sabiendo que la erosión es siempre lenta, siempre silenciosa y siempre sutil, tenemos que recordarnos que es la manera principal en que la iglesia se aleja del propósito original de Dios. A simple vista no la vemos. La mente empresarial no detecta la erosión. Se requiere una mentalidad aguda y disciplinada para detectarla... y una acción decidida y deliberada para detenerla.

A pesar de todos los retos que enfrenta la Iglesia hoy, la erosión no *tiene* que ocurrir. No si nos despertamos y nos *dedicamos* a hacer la obra de Dios como Dios quiere.

El posmodernismo comenzó en la comunidad académica, luego se infiltró en el liderazgo, después se hizo parte del Congreso, las escuelas públicas y nuestros hogares. Tristemente, las iglesias evangélicas adormecidas también se deslizaron en las aguas turbias del pantano poscristiano.

CHARLES R. SWINDOLL

En *Despertando a la Iglesia*, Charles Swindoll, autor de éxitos y uno de los maestros de la Biblia más atesorados, hace un llamado a la Iglesia de Jesucristo a notar cuánto nos hemos deslizado. Esta gran erosión ha causado una explosión de guerras destructivas de adoración, reduciendo la adoración transformadora al entretenimiento, reemplazando el alimento de la Palabra de Dios por comida chatarra, y causando un hundimiento muy profundo en la tolerancia cultural. La Iglesia está dormida al volante, ¡y es hora de despertar!

A pesar de la devastadora hambruna espiritual, por la gracia de Dios, aún podemos dar vuelta esta situación. Cristo prometió: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18). Por tanto, su presencia todopoderosa nos ayudará en este desafío que tenemos por delante.

Jamás he sentido tanta pasión o esperanza por ver a la Iglesia despertar a un nuevo andar con Dios y así conectar a nuestra cultura con Jesucristo. Esto comienza ahora contigo y conmigo.

—Charles Swindoll

EDITORIAL
PATAKOS

Categoría: Iglesia/Pastoral

ISBN 978-1-58-802743-6



9 781588 027436

Il CHARLES
SWINDOLL

DESPERTANDO
ALA
IGLESIA

un llamado urgente